

## SEMITISMO CARTAGINES

*Contribución a la Filosofía de la Historia de este pueblo  
norteafricano*

### PRELUSIÓN

Los pueblos y naciones, las razas y colectividades humanas constituyen una trama complejísima de valores, procesos psíquicos y juegos de fuerzas en los que aflora un cúmulo de irrisaciones nada fáciles de explicar. Sin embargo, por esa ley de unidad que preside la variedad de movimientos y fenómenos en todas las esferas del universo, existe generalmente un principio regulador, un primer motor, en la psicología de los pueblos, como de los individuos, que nos da en cierto modo la clave de sus actuaciones y de su historia. Llámese sino o hado inexorable, llámese ciega determinación o bien causa primera, es innegable que esa manera de ser, consubstancial en un pueblo, y que se manifiesta con admirable constancia en todo el curso de su existencia, breve o larga, pacífica o turbulenta, nos brinda la explicación racional de la mayoría de los fenómenos que van esmaltando la vida de ese pueblo a través de las edades.

Esa *última ratio* es como el hilo de Ariadna que nos permite adentrarnos por esa selva enmarañada que son los anales de cada pueblo; de ahí el interés capital que reviste el conocer a fondo esa estrella matutina como punto de orientación e hito luminoso en la Filosofía de la Historia.

Entre los numerosos pueblos, autóctonos o naturalizados en el Africa del Norte, una de las grandes vías migratorias de la humanidad y mosaico de razas, hay uno de carácter singular y extraño sino, de no larga pero azarosa historia, que en todo momento parece forastero y desarraigado del país, y acaba sepultado bajo las ruinas de su ciudad y el poderío de Roma: nos referimos a *Cartago*.

Fundada a lo que parece, a fines de la novena centuria a. C. (814?), su historia abarca algo menos de setecientos años como pueblo libre, que es lo que propiamente cuenta y lo que interesa a nuestro propósito; pues su segunda vida, como nación vencida, olvidada y romanizada a su pesar, durante un período similar, has-

ta la dominación árabe, en que acaban de borrarse sus vestigios, no presenta relieve ni influencia política; *Urbs antiqua fuit*, como dice con sutil complacencia el príncipe de los poetas latinos: "una ciudad antigua que existió", pero que ya no es sino un nombre, una sombra de su prístino esplendor.

La aparición y asentamiento de ese pueblo en el punto intermedio y estratégico de la costa norteafricana, que apunta como una flecha contra Sicilia y contra Italia, su escaso arraigo en el continente en medio de pueblos hostiles y su lanzamiento al mar como acuciado por instinto racial, su ansia de imperialismo universal como un sueño quimérico, su lengua conservada con rara tenacidad aun bajo la dominación romana, su ideología y proyección espiritual, sus normas de conducta, las pasiones de su alma, sus personajes representativos, su último fin, en suma, nos ponen de manifiesto en todo momento que el pueblo cartaginés es totalmente distinto de cuantos se afincaron en el Africa del Norte y en la Europa meridional. Es un pueblo típicamente oriental y marcadamente *semitico*.

Este semitismo es, a nuestro juicio, la clave para comprender perfectamente la historia entera de Cartago y de sus personajes, y vamos a intentar un capítulo de Filosofía de la Historia poniéndolo de manifiesto en los breves límites de un estudio de la presente naturaleza.

Al destacar esta nota característica en el fondo de ese cuadro, no pretendemos ciertamente haber descubierto ninguna novedad. Universalmente conocido es el origen fenicio de los cartagineses y de la lengua púnica, y también se ha hecho notar esporádicamente la oriundez semítica de algunas de sus instituciones y manifestaciones culturales. Sin embargo, no sabemos de ningún autor que hasta ahora haya abordado de intento y sistemáticamente la cuestión del *semitismo cartaginés* como base fundamental para el estudio de la psicología, historia, actuación y significación de este pueblo, que durante medio milenio ejerció tan preponderante influjo en el mediterráneo occidental.

Especial interés ofrece en relación con la Península Ibérica, por ser el único pueblo de los asentados en el Norte de Africa que extendió su dominación por nuestro suelo. Recordaremos a este propósito que las razas africanas que durante la dominación musulmana y en las regiones de ésta invadieron la Península, venían bajo el signo del Islam, ostentando un carácter híbrido, aparte de que la breve permanencia de cada una apenas duró un siglo.

Cierto que no consiguieron los cartagineses naturalizarse en el solar ibérico ni fundar una dominación durable; sin embargo, su imperio se mantuvo más de trescientos años (535-205), y es muy digno de atención el hecho de que ellos fueron los primeros que

consiguieron cierta unidad política, al menos aparente, que virtualmente se extendía a casi toda Iberia. En efecto, por el tratado de Asdrúbal, el yerno y sucesor de Amílcar, con los romanos se cedía a los cartagineses toda la España situada a la margen derecha del Ebro, y Aníbal antes de emprender su expedición a Italia sojuzgó en una rápida campaña de intimidación a los pueblos más belicosos del centro de la Península, vacceos, carpetanos, ólcades, con el fin de no dejar tras sí ningún foco peligroso de posible insurrección contra su hermano Asdrúbal. Llevó sus armas vencedoras hasta la mitad del curso del Duero, quedando fuera de la influencia cartaginesa una mínima parte del país ibérico, el extremo Norte y el Noroeste. Al vadear el Ebro por vez primera los cartagineses, en la marcha de Aníbal sobre Italia, hubieron de someter asimismo diversas tribus entre ese río y los Pirineos.

Por otra parte, la dominación cartaginesa sobre el conglomerado de razas y pueblos de Iberia, aunque fugaz, preparó el camino para la conquista romana. Al expulsar éstos a sus mortales enemigos al final de la segunda guerra púnica, se aprovecharon de sus conquistas y su organización. Este fue su mejor botín, a fuer de *omnium utilitatum rapacissimi*, como los calificó Plinio. Precisamente las tribus que no habían sido subyugadas por los cartagineses fueron las que más trabajo les costó someter, como lo demuestra el caso de Numancia, las diversas guerras contra los celtíberos y lusitanos, y las últimas luchas que contra el poder abrumador de la imperial Roma se atrevieron a sostener con honor los cántabros y astures en tiempos de Augusto (26 a. C.).

Entre los medios principales de que disponemos para conocer a los pueblos y ahondar en la raigambre de su idiosincrasia y su psicología están: su raza y oriundez, su lengua, su posición geográfica, poderoso determinante de su vida y actuación, su historia política o externa y sus relaciones con otros pueblos, su religión, arte y monumentos, su literatura, sus instituciones sociales y desenvolvimiento interno, sus hombres más representativos, que son como síntesis acusada de las buenas cualidades, y también de los vicios y defectos de cada raza, pueblo o nación, y finalmente el juicio o referencias de otros pueblos coetáneos con los cuales se relacionaron o de los escritores de éstos.

En ciertos casos, alguno de estos factores y fuentes de conocimiento se destaca poderosamente sobre todos los demás; en otros se advierten grandes lagunas y vacíos naturales o perpetrados por el tiempo destructor; pero lo más frecuente es que formen entre todos un conjunto armonioso y homogéneo, en el que, si no se destacan por igual, ostentan al menos inequívocos signos de afinidad y paralelismo, que prestan cohesión y unidad a ese complejo

maravilloso y potente, de idéntico destino, que constituyen los pueblos y naciones.

Tratándose del pueblo cartaginés, esos recursos a que han de apelar el etnólogo, el historiador o el filósofo que deseen presentar un cuadro verídico y sugestivo quedan muy aminorados. Muy poco es lo que conocemos de su lengua, literatura y religión, los elementos más íntimos y universales para penetrar en la entraña de los pueblos y de los individuos; apenas nada de su arte y monumentos, y poco más de sus instituciones y organización interna. Así y todo, pese a la exigüidad de medios informativos y testimonios vivaces, aun podemos deducir y rastrear fidedignas conclusiones que nos sirvan para poner de relieve con bastante exactitud ese rasgo tan destacado y significativo en la psicología y la historia del pueblo cartaginés que sirve de tema al presente estudio: su *semitismo*.

### *Raza y oriundez*

Aunque coloreado por la fábula y la leyenda, no hay duda respecto al origen de los navegantes y colonos que se asentaron hacia el año 814 a. C. en el lugar donde se alzó la celeberrima Cartago. Los antiguos historiadores y la épica (forma la más antigua y más poética de la historia) afirman de consuno que esos atrevidos navegantes eran fenicios, y precisamente de la opulenta Tiro, la ciudad más famosa de fenicia:

*Urbs antiqua fuit, (Tyrí tenuere coloni),  
Karthago, Italiam contra Tiberinaque longe*

*Ostia, dives opum studiisque asperrima belli*, (En. I, 12-14), dice el príncipe de los poetas latinos.

Al desembarcar en aquel lugar tan estratégico de la costa nor-teafricana los fugitivos fenicios, capitaneados por la reina *Dido* (nombre antiguo y fenicio que la leyenda romana prefiere al de Elisa, y que tal vez sea hipóstasis de la diosa Tanit), la cual huyó de Tiro cuando su esposo Siqueo, *ditissimus agri Phoenicum* (En. I, 343-4), murió a manos del rey Pigmalión, *auri caecus amore* (ibid. v. 349), hermano de la princesa, adquirieron un solar que los naturales les cedieron a bajo precio, tan pequeño, según las condiciones estipuladas por irrisión,

*Taurino quantum possent circumdare tergo* (Ibid. I, 368),

es decir del tamaño de la piel de un toro. Pero ellos, con sagacidad semítica, idearon un ingenioso expediente: cortaron esta piel en finísimas tiras, con las que pudieron abarcar un espacio bastante considerable que les sirvió para asentar en su recinto una ciudad, la cual fue paulatinamente creciendo. La falsa etimología de Birsá, "lugar fortificado", coincidente con el griego βύρσα, piel, dio lugar a esta leyenda.

La lengua, plenamente coincidente con el fenicio, y estrechamente emparentada, por lo tanto, con los demás idiomas cananeos, como el hebreo, la toponimia y la onomástica, aparte de las denominaciones y calificativos que a los cartagineses adjudican los escritores y poetas griegos y latinos, corroboran copiosamente la veracidad del origen tirio de dicha fundación.

### *Idioma púnico*

El habla de los colonos que fundaron Cartago era, pues, el mismo fenicio, con las modalidades dialectales que suele adoptar toda lengua (aun siendo tan escasamente evolutiva como las semíticas) cuando sus habitantes se encuentran disgregados cultural, política o geográficamente del núcleo central de la lengua matriz. La estrecha dependencia que en la primera época mantuvo esta colonia con la metrópoli tiria abona asimismo la inseparable identidad de ambas hablas, fenicia y púnica.

El fenicio resistió durante varios siglos el empuje del griego por un lado, y del arameo por otro; algunos textos de inscripciones votivas o sepulcrales de 222 y 132 descubiertas demuestran que aun pervivía a la sazón, pero acabó por desaparecer, arrollado por dichos dos idiomas, principalmente por el primero, sin que de él se nos haya conservado literatura apreciable, que, sin embargo, debió de florecer, aunque tal vez no alcanzara categoría superior ni gran desenvolvimiento. Eran los fenicios un pueblo expansivo de mercaderes, navegantes, industriales y artesanos, como se pone de manifiesto clarísimamente en varios pasajes importantes de la Biblia, y pregona toda su historia.

Semejante fue el sino de Cartago en el orden lingüístico y literario. El pueblo cartaginés siguió las huellas de la metrópoli fundadora: fue, ante todo, navegante y comercial, con cierto ímpetu conquistador, promovido en gran parte por las circunstancias, pero no hay memoria de sus creaciones literarias. Con todo, el idioma pervivió, al lado del latín, hasta el siglo iv de nuestra era, según testimonia, entre otros, San Agustín, y aun quizá hasta la arabización de la región cartaginesa (s. vii). La escritura y la fonética se alteraron notablemente, hasta el extremo de justificar la denominación de *neopúnico*. Sobre todo se produjo una confusión, por degeneración prosódica, de las guturales 'alef, 'ayin, he y het (א, ע, ה, ח).

Se han encontrado millares de inscripciones púnicas no solamente en el Norte de Africa, sino también en todos los lugares donde asentaron su planta los cartagineses, como Malta, Sicilia, Cerdeña, Marsella ("tarifa de Marsella") y hasta en Aviñón (descubierta en 1897).

Aparte de estos documentos epigráficos y de los topónimos y antropónimos, solamente nos quedan del idioma púnico unas fra-

ses en el *Poenulus*, de Plauto (acto V, escena 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>), donde éste reproduce materialmente, con paráfrasis latina, un monólogo del personaje Hannón (16 versos, escena 1.<sup>a</sup>) y varias expresiones que éste y otro intercalan en el diálogo. Si exceptuamos las transcripciones y acomodaciones de nombres propios púnicos en griego y latín, y fenicios en acadio, hebreo y arameo, ese pasaje es el único testimonio documental de la pronunciación cartaginesa y fenicia. Respecto a la onomástica, son evidentes y obvias las modificaciones que sufre un nombre al pasar a otro idioma, y en cuanto al susodicho monólogo y frases, ya se puede suponer que la primera transcripción por el autor sería bastante imperfecta, y los copistas posteriores lo han desfigurado de tal manera que no es posible reconstruirlo en la lengua original, y todas las tentativas para traducirlo correctamente han fracasado. En la edición de las obras completas de Plauto por M. Nisard (1879) leemos la siguiente advertencia: "Estos diecisiete <sup>1</sup> versos han dado pie para escribir más de diecisiete gruesos volúmenes en alemán, inglés, latín, italiano, francés, a los comentaristas de todos los países. Se ha intentado reproducir la escritura cartaginesa, restablecer el texto, interpretarlo y traducirlo; pero hasta ahora todos los esfuerzos ingeniosos, todas las profundas investigaciones de la erudición antigua y moderna, han sido inútiles; la lengua púnica pereció enteramente como Cartago: este fragmento de Plauto constituirá sin duda un misterio perdurable para sus lectores. El sabio M. Silvestre de Sacy declaró formalmente a M. Naudet que había que renunciar a la esperanza de comprender una sola palabra del mismo. Pero la imaginación de algunos eruditos ha suplido su saber. Bochart y Samuel Petit han creído adivinar el sentido de estos versos, y tradujeron en latín sus propias suposiciones". Y a continuación se transcribe "como curiosidad sabia esa versión completamente conjetural".

La onomástica púnica, aun cuando no muy copiosa la que conocemos, ofrece caracteres bastante diferenciados frente a la griega y latina, y de gran analogía y hasta identidad con la fenicia y la hebrea. Abundan, como en ésta última, los nombres teóforos, v. gr. Hannibal ("gracia" o "don de Ba'al"), Bomilcar (Ba'al Melqart, por reducción del grupo 'al a o), Asdrubal ("socorro de Ba'al"). No caería de interés un estudio completo sobre esta materia.

Sobre inscripciones y toponimia púnicas, algo se ha escrito, y concretamente sobre toponimia púnica en España publicó A. Dietrich una Memoria titulada *Phönizische Ortsnamen in Spanien*, en 1936, de la cual puede verse un comentario en SEFARAD I (1941), p. 313-326, por el Prof. Millás.

<sup>1</sup> Son 16 solamente los versos del monólogo, y 14 las restantes expresiones.

También el idioma púnico en sí ha sido objeto de particular estudio, p. e. *Die phönizische Sprache*, por Schröder, y sobre todo la obra de Gesenius *Scripturae linguaeque Phoeniciae Monumenta*.

En realidad la atención despertada hasta el presente sobre el semitismo de los cartagineses apenas ha trascendido del campo lingüístico; en él, sin embargo, encontramos una clara estela, que nos ofrece una buena base y comprobación del origen, psicología e instituciones de este pueblo, y de su estrecha hermandad con los pueblos semíticos del Asia occidental.

### Geografía

Hasta el siglo v a. C. Cartago solamente poseyó en el continente africano un estrecho territorio a uno y otro lado del promontorio donde estaba enclavada la ciudad, y aun para asegurárselo hubo de pagar tributo a los indígenas, que no miraban con buenos ojos a aquellos forasteros allí establecidos. Estos por su parte, por impulso ancestral, como sus antepasados de Fenicia, se sentían más atraídos hacia el mar y sus islas y las costas de otros países que hacia tierra adentro.

Muy antiguos son los documentos que atestiguan la colonización de Ebuso o Ibiza (654 a. C.), “museo inexhausto de restos cartagineses”. Al ir perdiendo aquella reina de los mares que fue Tiro su antiguo esplendor y preponderancia, dominada sucesivamente por los asirios, caldeos y persas, las colonias fenicias ya no podían defenderse de la poderosa expansión griega, entre los siglos VIII y VI a. C. y se aliaron con Cartago o la pidieron ayuda contra los enemigos que las asediaban, como ocurrió a los fenicios instalados en la Península Ibérica, con lo cual hallaron franca entrada, desembarcando en Cádiz, de cuya plaza se adueñaron. Así surgió el imperio cartaginés.

Con la expedición de Imilcón hacia el Norte y la de Magón hacia el Sur, que sirvió para explorar las costas de Marruecos y fundar una serie de factorías comerciales, se fueron ensanchando los dominios cartagineses de un modo inesperado, que abarcaban, aunque con escasa penetración, desde el golfo de la *Syrtis maior* hasta *Tingis* (Tánger), pasando por Russadir (*R'uš'addir*, “caput illustre”), (Melilla) y el sur de España, los Mastianos desde Gades hasta el *Promontorium Pulchrum*, donde después se fundó *Carthago Nova*, las islas *Pityusae* (Baleares), mitad occidental de *Sardo* (Cerdeña), ídem de Sicilia (la otra parte estaba ocupada por los griegos) y mitad oriental de *Cyros* (Córcega). Todos estos lugares constituían magníficas posiciones para crear un gran imperio mediterráneo, sobre todo conquistando España.



## Historia

La expansión colonial griega por todo el Mediterráneo oriental y luego occidental, empresa épica que tal vez no se ha valorado lo bastante, era motivada no solamente por fines comerciales, sino por móviles más altos de orden político, cultural y aun religioso. Especial preponderancia alcanzó Focea, que, a expensas de la decadencia fenicia, llegó a constituir en occidente una hegemonía marítima, la *thalassocracia*; pero este predominio duró menos de medio siglo, pues los focenses fueron derrotados por los cartagineses y tirrenos en aguas de Cerdeña (535).

La lucha verdaderamente desesperada entre griegos y cartagineses se concentró en Sicilia. Esta isla central del Mediterráneo fue el punto de convergencia de griegos, cartagineses y romanos; en su suelo y en sus aguas se había de decidir la suerte de la civilización mediterránea, es decir universal.

La pugna porfiada, durante más de dos siglos, entre púnicos y griegos por la posesión de la isla, tenazmente defendida por éstos, que a costa de grandes esfuerzos lograron salvar, al menos la parte oriental, reviste capital importancia como episodio significativo de la irreductible oposición entre arios y semitas, que tan extraordinario relieve llegó a alcanzar en la historia antigua, y también posteriormente en la Edad Media e incluso en la Moderna. Con enormes sacrificios e indomable energía pudieron los griegos conservar frente al avance cartaginés, la zona oriental de Trinacria, como firme avanzada de la civilización occidental. Cuando ya estaban a punto de ceder, surge otro pueblo ario en escena: los romanos.

Estos fueron los verdaderos y casi únicos grandes enemigos de Cartago, los terribles debeladores del imperialismo cartaginés; los que primeramente cortaron en flor su hegemonía mediterránea, y en un duelo sin igual, a vida o muerte, entre los dos pueblos, derrocaron para siempre el poderío bélico de la ciudad rival, y, finalmente, la asolaron y borraron su nombre.

Aparentemente son sólo dos pueblos enemigos, acuciados por idénticos afanes de conquista y expansión política y comercial; pero en el fondo hay algo más recóndito: es una guerra de dos razas opuestas, que representan, como antes había ocurrido en la lucha con los griegos, dos civilizaciones y tendencias totalmente dispares, dos conceptos sobre el hombre y la humanidad diametralmente distintos. La victoria del uno o del otro acarrearía consecuencias muy graves para el rumbo de la civilización mundial.

En la contienda de los cartagineses con los griegos, aquéllos aprendieron mucho de éstos en cuanto a táctica militar; pero su espíritu, a diferencia de lo que ocurrió con los romanos, quedó impermeable a las mayores conquistas de la civilización griega: una



impronta ancestral de naturaleza muy distinta a la grecorromana les marcaba directrices muy diferentes. Tal ocurrió asimismo a los persas en la lucha con los griegos, si bien los cartagineses en el orden militar supieron arrebatar a éstos los secretos de su superioridad táctica, pero sin que esto cambiara la índole netamente comercial y poco apta para las empresas guerreras de la república cartaginesa. Las hazañas llevadas a cabo en este orden fueron obra parcial de individualidades o familias destacadas, entre las cuales se destacó en primerísima fila la de los Bárcidas.

La victoria romana en la primera guerra púnica y la consiguiente pérdida de la perla del mediterráneo y bastión formidable del poderío cartaginés, Sicilia, asestó rudo golpe a éste, y el quebranto que vino a añadir a este desastre la guerra de los mercenarios puso a Cartago al borde de la ruina. La pericia militar de Amílcar Barca, ayudado por Hannón el Grande, conjuraron el peligro.

Los cartagineses, repuestos de estos trances, quisieron reconquistar Cerdeña, pero se encontraron con la irreductible oposición de Roma, dispuesta a cortar definitivamente la expansión cartaginesa. En vista de lo cual, Amílcar orientó el imperialismo cartaginés hacia España, como firme base para acometer nuevamente la lucha contra los romanos, ansioso del desquite y de conseguir la supremacía de su patria sobre el Mediterráneo occidental. Durante nueve años guerreó con éxito (237-229), y su obra fue proseguida por su yerno Asdrúbal (225-223) y por su hijo Aníbal, heredero de sus talentos militares, de su odio eterno a los romanos y de sus planes guerreros.

En la primavera del año 218 a. C. estalló la segunda guerra púnica, una de las más terribles que sufrió Roma, en la que todo el genio estratégico del mejor capitán de la antigüedad al mando de un ejército aguerrido se estrelló contra la constancia romana, eficazmente ayudada por la imprevisión e incomprensión de Cartago, que, para su daño y ruina, abandonó a su general. "Una república de mercaderes no podía atender con solicitud las demandas del genio militar". (A. Ballesteros).

El no extinguido temor y perdurable odio de Roma contra su perenne rival, y el implacable tesón del viejo y austero Catón, consumaron la ruina definitiva de aquella floreciente república que señoreó el mar Mediterráneo, sus islas y la Península Ibérica, y que pudo representar en la historia del mundo un papel semejante al que cupo a la Roma imperial, si una debilidad interna, la falta de cohesión y solidez en su organización, y la ausencia de firmes bases espirituales, que son el patrimonio más excelso de la civilización grecorromana, no hubieran acusado de un modo tan manifiesto el estrato semítico del pueblo cartaginés.

Su memoria pasó, como la de tantos imperios asiáticos, dejando en pos de sí solamente un nombre y unas ruinas; y si no pereció del todo la civilización y la lengua púnica al ser asolada Cartago, fue porque Masinisa las recogió como legado de un moribundo y como prenda de su animadversión contra Roma.

### *Cultura cartaginesa*

Difícil resulta conocer la naturaleza y valores de la civilización de este pueblo, en vista de la escasez de material arqueológico y epigráfico, como igualmente de otros documentos y testimonios, a lo cual se añade el juicio desfavorable de griegos y romanos, tal vez demasiado parciales a fuer de enemigos mortales del pueblo cartaginés. Parece, sin embargo, notorio que éste no creó ninguna especie de cultura, sino que simplemente conservó la que había llevado de la metrópoli fenicia; ni tenía un idealismo capaz de elevarse a las supremas regiones de la espiritualidad, ni capacidad para absorber valores de esta índole de otros pueblos; ni pudo tomarlos de las tribus que dominó, ni supo asimilárselos al contacto con los griegos.

Evidente es su falta de φιανθρωπία, es decir del sentimiento de la humanidad en su más amplia significación, motivo diferencial el más profundo que marca una sima divisoria entre la civilización oriental y la clásica.

Alguna influencia griega, sobre todo en el período helenístico, pudo experimentar la metrópoli cartaginesa en cuanto a ciertas manifestaciones culturales; pero, en definitiva, no hay duda que Cartago conservó en su vida espiritual, religión, arte, lengua y costumbres la impronta fenicia, con algunas infiltraciones africanas.

La lengua y la escritura mantuvieron casi inalterables; la indumentaria larga, la barba en punta, hasta el anillo nasal revelan costumbres típicamente orientales.

Según testimonio de Plinio (*Nat. Hist.* XVIII, 22) debió de florecer una rica literatura, como también parece averiguado entre los fenicios, por más que de una y otra apenas queden vestigios. De dos obras quedan restos en su versión griega: el tratado de *agricultura* en 28 libros de Magón, que tal vez influyeron en las teorías agronómicas grecorromanas, y el *Periplo* del Africa occidental de Hannón; ambas patentizan el espíritu positivista, apegado a lo terreno, del pueblo cartaginés. Si existieron otras manifestaciones literarias de carácter religioso o poético no nos consta. Es lícito suponer, sin embargo, que de haber alcanzado cierta importancia y categoría artística, se habrían conservado algunos restos por los escritores griegos o los romanos.

La total destrucción de Cartago en 146 a. C. no permite formarnos una idea de su arquitectura; sin embargo, algunas sepulturas

encontradas y ciertas supervivencias estilísticas observadas en algunos momentos posteriores del Norte de Africa demuestran que también en esto las influencias griegas fueron escasas y superficiales, y siguió dominando el estilo fenicio.

Igualmente en el ámbito religioso: Tanit Pné Ba'al y Ba'al Hamón son simples diferenciaciones locales de Astarté y del Ba'al fenicio. En el sacerdocio se hace mención de un *Rab cohanim* o Sumo Sacerdote, sacerdotisas y colegios sagrados; también hay memoria de sacrificios de niños, costumbre nefanda común a los fenicios y otros pueblos cananeos, tantas veces abominada en la Biblia. Algunas leyes rituales ostentan evidente analogía con la legislación levítica.

### *Instituciones*

Por razón de la dependencia que Cartago, al igual de las demás colonias fenicias, conservó al principio con respecto a la metrópoli, no tuvo monarquía propia. Los jueces o *sufetes*, que en número de dos se elegían cada año, a la usanza patria, acabaron por ser los supremos magistrados. Estos estaban asesorados por un consejo supremo vitalicio de treinta miembros, denominado γερουσία por los escritores clásicos, junto al cual se convocaba en casos graves otro mayor, también vitalicio, compuesto de trescientos miembros. La asamblea popular se congregaba para las elecciones de los sufetes, y en ella todos los ciudadanos tenían derecho electoral activo, pero solamente la clase elevada, el pasivo. Un tercer consejo, integrado por ciento cuatro individuos se ocupaba sobre todo de la rendición de cuentas por los magistrados.

Notorias son las analogías de estas instituciones con las del pueblo de Israel, que en muchos aspectos reflejan las de otros pueblos cananeos, y que ofrecen la ventaja de sernos más conocidas. Así, antes de la instauración de la monarquía, los supremos moderadores del pueblo de Dios fueron asimismo los *Šofetim* o jueces, y en todas las épocas existió la asamblea de los Ancianos, con mayor o menor autoridad, según las épocas. Menciónanse en la Biblia tres clases de éstos, como corporación: los *zigné ha-'am* o *zigné Israel*, Ancianos del pueblo o de Israel), de máxima amplitud, los *zigné ha-'ir* (Ancianos de la ciudad), organización más restringida, y el *Consejo de los Ancianos*. No consta, sin embargo, la delimitación de funciones ni la misión especial de cada uno de estos organismos.

En cuanto a la milicia y sus categorías, no constituían una organización permanente. El poder militar de Cartago fue más bien ocasional, si exceptuamos la obra realizada en España por la poderosa y guerrera familia de los Bárcidas, y siempre a base de un ejército mercenario. Por lo tanto, sólo a través de la constante enemiga existente entre Roma y Cartago, que obligó a la primera a

estar siempre arma al brazo, y del terrible recuerdo que durante muchísimo tiempo dejó en Italia la segunda guerra púnica, pudieron atribuir los escritores latinos a Cartago un carácter eminentemente belicoso: *studiis asperrima belli*, como dice Virgilio.

### *Hombres representativos del pueblo cartaginés*

Sin pretender presentar aquí, ni siquiera en esquema, una galería de "varones ilustres" de estirpe cartaginesa, creemos conveniente hacer mención de algunos verdaderamente representativos de la misma por su sicología y actuación. Pocos son los que la Historia recuerda como verdaderamente grandes, y aun éstos los conocemos a través del juicio de sus enemigos, ya que nada nos queda de las obras históricas ni poéticas, si las hubo, de la literatura cartaginesa. A falta de héroes legendarios, gobernantes, filósofos, poetas, literatos o artistas, nos limitaremos a los dos capitanes de mayor valía y hombres de gobierno al mismo tiempo que tuvo Cartago, e hicieron temible su nombre: Amílcar y Aníbal.

*Amílcar.* — La figura de este hombre de guerra, obscurecida y relegada a un plano muy posterior por la fama de su hijo, nos recuerda mucho el caso de Filipo II de Macedonia con respecto a su hijo Alejandro Magno. Uno y otro, sin embargo, además de las cualidades que transmitieron a sus hijos, los prepararon para la magna empresa que cada uno en su esfera realizó y a la cual debe la inmortalidad. Los dos ilustres progenitores, si una muerte alevosa y prematura no hubiera segado en flor su vida y sus proyectos, habrían llevado a cabo las conquistas que sus afortunados vástagos realizaron. A aquéllos se debió, en efecto, la grandiosa concepción, y en su ánimo estaba, tras la necesaria preparación, que como fase preliminar efectuaron, coronar su obra, llevando el uno la civilización griega al Asia mediante la conquista del imperio persa, y el otro sojuzgando el poder de Roma, el gran enemigo que frente a Cartago se alzaba, para extender por todo el mediterráneo la hegemonía cartaginesa, o, en frase de Tito Livio, "*ad delendum nomen romanorum liberandumque orbem terrarum*".

Desde muy joven se destaca por su valor y su genio militar; él salvó, parcialmente al menos, el honor de las armas cartaginesas en la primera guerra púnica, defendiéndose heroicamente en Erice; y en la terrible sublevación de los mercenarios libró a Cartago de una ruina inminente y la restituyó con creces en poco tiempo a su anterior pujanza y señorío del Africa norte-occidental. En esa guerra memorable la astucia tuvo tanta parte como la acción guerrera, pues el jefe cartaginés logró rechazar de los muros de la ciudad a cerca de cien mil asediantes, y después se dio arte para arrinconarlos en el desfiladero de la Hacha, donde perecieron cuarenta mil, más por obra del hambre que del hierro.

Como gran elogio del joven Aníbal dice Tito Livio que al presentarse éste en España, los soldados veteranos creyeron ver en él a Amílcar redivivo, observando en su hijo el mismo vigor en el semblante y la mirada, idénticos rasgos y facciones. En efecto, física y moralmente era un retrato de su padre. El le inculcó el odio implacable que a los romanos profesaba, y de él recogió el héroe de la segunda guerra púnica el plan audaz de invadir Italia.

Más no contento Amílcar con haber asegurado la dominación de Cartago por toda la región del Atlas, pasó el Estrecho y emprendió con éxito la conquista de Iberia meridional y levantina, sojuzgando *maximas bellicosissimasque gentes*, como dice en su brevísima biografía Cornelio Nepote, donde ya antes los cartagineses habían asentado su planta llamados por sus hermanos de raza los fenicios, y cimentando un dominio colonial que compensase ampliamente a Cartago de las pérdidas dolorosas de la primera guerra púnica.

El ideal de hacer de Cartago una ciudad opulenta y suntuosa nunca abandonó al caudillo púnico en medio de sus conquistas; así, por más que éstas revistiesen los caracteres de un feudo familiar, no se olvidaba de la metrópoli, y, como dice el mismo historiógrafo, *equis, armis, viris, pecunia totam locupletavit Africam*, como después había de hacer su hijo Aníbal, según testimonio de Tito Livio.

*Aníbal.* — Al delinear la semblanza del más famoso cartaginés, con el cual puede afirmarse murió su patria, más que en hechos, sobradamente conocidos, nos fijaremos en sus rasgos psicológicos.

Ya el glorioso sobrenombre de su familia, “Barca” (*baraq*, relámpago, en semítico) declara su abolengo y su carácter. A porfía han elogiado sus grandes dotes de estrategia genial y caudillo incomparable los historiadores antiguos y modernos; pero, al menos los primeros, insisten mucho en su extraordinaria sagacidad y astucia, como forma relevante de sus cualidades militares. Cornelio Nepote, en su breve pero simpática biografía, le llama *vir fortissimus*; pero insiste, principalmente en el otro aspecto: *vir omnium callidissimus*, dice de él a propósito de la batalla naval contra Eumenes, en la que hizo verdadero alarde de su inagotable astucia e insospechables recursos de ingenio, y añade: “*dolo erat pugnandum cum par non esset armis*”. En todo el relato pondera grandemente esa *prudentia*, cuyo verdadero sentido es “previsión, cautela, precaución, conocimiento de las cosas y personas, pericia y habilidad”, y que fue la cualidad sobresaliente en todas las empresas del gran caudillo cartaginés. Ya desde el principio mismo de esa biografía se dice de él que aventajó a los demás capitanes en *prudentia*, cuanto el pueblo romano a los restantes en *fortitudine*; y, en efecto, aparte de sus excepcionales dotes de mando, organización y estrategia, los ardi-

des y estratagemas fueron su arma principal. "*Sic Hannibal consilio arma Pergamenorum superavit*"; es decir, con su *habilidad y astucia*. Y como resumen de otras victorias por él conseguidas estando en la corte del rey Prusias, contra Eumenes, *romanis amicissimus*, dice simplemente C. Nepote: "*pari prudentia* —con igual sagacidad— *pepulit adversarios*".

Tito Livio hace un soberbio retrato de cuerpo entero del gran caudillo, "tan audaz como prudente", "invencible a la fatiga y al sueño", "el primerísimo entre los infantes y los jinetes", "el primero en iniciar el combate y el postrero en retirarse". Pero añade después que grandes defectos igualaban tan excelsas dotes y enumera entre ellas: inhumana crueldad, perfidia más que púnica, absoluta falta de respeto a la verdad, a lo sagrado e inviolable, sin temor a los dioses, ni freno de juramento o religión.

Sobre ese aspecto de las estratagemas queremos insistir, por su índole netamente semítica. No es que fueran desconocidas de los griegos y romanos, como lo demuestra la historia de unos y otros, así como las *Stratagemata* de Sexto Julio Frontino, en tiempo de Domiciano, y la obra de título y contenido semejante, en griego Στρατηγήματα del macedonio Poliaenos. Sin embargo, es cierto que ni en los Comentarios de César ni en los demás historiadores *rerum romanarum* o en las gestas de Alejandro Magno y de otros capitanes griegos se da especial importancia a esta manera de aventajar al enemigo; más bien se prefiere la lucha abierta y el franco dominio por la fuerza. Las palabras que César pone en boca del jefe helvecio Divicón, fueron también la táctica preferida ordinariamente por el ejército romano: "*Se ita a patribus maioribusque suis didicisse ut magis virtute quam dolo contenderent, aut insidiis niterentur*" (B. G. I, 13): el valor más bien que la falacia y la insidia.

En la Biblia, por referirnos al libro oriental de mayor valía (aun humanamente) podría espigarse una copiosísima antología sobre este tema, y no solamente en los libros históricos antiguos o más recientes, desde Moisés a los Macabeos<sup>2</sup>, sino también en sentido metafórico aplicado a las luchas acerbadas del alma se hace referencia constante en los Salmos, poesía gnómica y Profetas a las insidias, celadas, asechanzas, lazos, fosas encubiertas, etc.; como prueba inequívoca de cuán infiltrada estaba esta tendencia en el alma semítica.

Los espías, "*de explorandis consiliis hostium*" (Frontino), mencionados con frecuencia en los relatos guerreros de la Biblia, fueron uno de los grandes recursos del astuto cartaginés: él mismo, disfrazado de galo, se mezcló más de una vez entre sus mismos enemigos para mejor sorprender sus designios.

<sup>2</sup> Vid M. Abel, *Les stratagèmes dans le Livre de Josué* en *Revue Biblique*. 56 (1949) p. 321-339.



La apelación a lo divino, así como a los signos celestiales, visiones, presagios, etc., que en la Biblia tienen valor auténtico, no ha sido desdenada como factor de gran eficacia entre la masa incluso por los capitanes más refractarios a lo sobrenatural, como es el caso del que nos ocupa. Curioso es el episodio en que Tito Livio nos relata la visión que en sueños tuvo Aníbal cuando se aprestaba a llevar el fragor de la guerra a Italia, y cómo la consideró señal de favorable augurio en su empresa. "Cuéntase —dice el historiador romano— que vio en sueños a un joven de aspecto celestial, que decía haber sido enviado por Júpiter como guía de Aníbal camino de Italia, e indicó a éste que le siguiera, sin apartar de él la mirada. Obedeció al principio, presa de temor, sin atreverse a mirar en derredor ni hacia atrás; mas después, acuciado por la curiosidad y la preocupación de lo que pudiera ser aquello que se le prohibía mirar, no pudo reprimirse, y vio tras de sí una serpiente de extraordinario volumen que avanzaba con gran estrago de árboles y plantas, y detrás seguía un nubarrón con fragoroso estruendo. Al inquirir cuál era el significado de aquella portentosa visión, oyó que le decía: "Es la desolación de Italia; que se apresurara a marchar, sin más indagaciones, dejando que los hados ocultaran el porvenir"<sup>3</sup>.

Desde época remota fueron los sueños una de las fuentes de adivinación en los pueblos cananeos, y de ello hay referencias cuantiosas en la Biblia, principalmente en las exhortaciones de los Profetas, que claman contra esos falsos agüeros, si bien a veces servían para que Dios manifestara sus designios. En cambio, ni entre los latinos ni entre los helenos, tan aficionados a diferentes procedimientos adivinatorios, tuvo gran predicamento la oneiromancia.

Los ardides de guerra, fintas, simulaciones, etc., para burlar al enemigo, ponerse a salvo y aun vencer al adversario, pueden presentar una variedad inagotable; pero aplicarlos como procedimiento habitual y con una fertilidad de ingenio verdaderamente pasmosa fue privilegio del astuto general cartaginés.

Como valoración de estos procedimientos, p. e. en una guerra justa, en que, como declara San Agustín, se usa contra el adversario de una libertad que se le permite a él a su vez, no deja de ser interesante la observación del erudito Calmet, a propósito de la emboscada de que se sirvió Josué para apoderarse de la ciudad de Hai. Dice así: que Yahvé "haya querido emplear el artificio y la estratagemas para otorgar la victoria a los hebreos, medios que parecen impropios de la grandeza del Todopoderoso, y que algunos pueblos y capitanes rechazaron como indignos de los hombres de corazón y como más capaces de oscurecer su gloria que de aumentar sus destellos", es un reproche que se ha hecho con respecto a dicho epi-

<sup>3</sup> Tit. Liv. *Hist.* XXI, 22.



sodio. Y el sabio exegeta contesta: "¿Está Dios acaso obligado a efectuar constantemente milagros? La presunción del enemigo merece ser engañada por una estratagema sobre todo cuando éste está engreído por algún éxito y el pueblo de Dios necesita reanimarse. Los más altivos capitanes no desdeñaron los ardides de guerra, sean emboscadas u otra clase de estratagemas".

Tras esta digresión no queda duda respecto a la importancia que entre los hebreos y orientales tenían estos recursos de ingenio, que no siempre han de considerarse como de inferior categoría con respecto a la lucha a campo y pecho descubierto; ésta por el contrario, puede ser en muchísimos casos indicios de imprevisión, e inconsciencia suicida, fuente tan sólo de estériles heroísmos.

Siendo todavía un niño, Aníbal, por instigación de su padre, jura odio eterno a los enemigos jurados de la grandeza y hasta de la existencia de su patria, y ese odio le acompaña como un fuego devorador hasta el último instante de su agitada vida. Ese odio concentrado e implacable al enemigo, manifestado por ejemplo en la vindicta familiar, es una de las características de la raza semítica. En la Biblia, singularmente en los vehementes arranques de la poesía lírica, campea ese rencor profundo y aborrecimiento sin límites, que estalla en oleadas de iracunda contra el adversario: "Señor, ponlos como un torbellino, y como brizna ante el haz del viento".

El juramento es un solemne refrendo, frecuentísimo en la Biblia, que incluso, por antropomorfismo, se aplica constantemente a Jehová. En el derecho coránico se regulan las normas del juramento, y en el propio Alcorán (V, 91) se dicta la ley de expiación por la violación del mismo. Esta tendencia juramental reviste múltiples modalidades, por ejemplo los votos, que ya se reglamentan en el Pentateuco, el nazareato y otras promesas. Costumbre es ésta, arraigada entre los musulmanes que hasta se convierte en el recurso más frecuente para dirimir la contienda. En cambio, entre los griegos y los romanos es poco frecuente la apelación a fórmulas de juramento, ni en los convenios políticos o tratados de paz ni en las estipulaciones comerciales. La misma palabra *iusiurandum*, y en época posterior *iuramentum*, como derivadas de *ius*, derecho, implican "una fórmula religiosa que tiene fuerza de ley" (*iura legesque*).

Todos los grandes capitanes fueron elocuentes, aun dentro del marcado laconismo de muchos de ellos. Aníbal, semita, arengando a un ejército abigarrado, pero en el que los jefes y las tropas más adictas eran sin duda sus conciudadanos, estima, según hace constar el autor de las Décadas, que es más eficaz convencer al soldado con acciones que con palabras. Recuértese cómo los Profetas de Israel, modelos insuperables de elocuencia, solían corroborar sus predicaciones, avisos y alocuciones al pueblo mediante

actos simbólicos exteriores, de impresionante espectacularidad<sup>4</sup>. También Mahoma recurría en ocasiones a ingeniosos procedimientos de este arte.

Tres ocasiones mencionaremos en que esta elocuencia de acción se pone de manifiesto: a) al columbrar Italia desde la vertiente meridional de los Alpes, b) al cruzar victorioso por el país de los galos, en el que realizó una leva de hombres considerable y c) poco antes de su primera batalla con los romanos.

a) Para alentar a sus soldados "rendidos por la fatiga y las penalidades" en el laboriosísimo paso de los Alpes, "adelantándose Aníbal a los estandartes en un montículo, desde donde era visible por todas partes, ordenó hacer alto a los soldados, y les mostró Italia y los campos regados por el Po al pie de las montañas alpinas", y en lacónica arenga les asegura que en uno o dos combates serán dueños de Italia, y de su capital y ciudadela (*Loc. cit.* 35).

b) "Convencido Aníbal —dice T. Livio— de que al soldado más hay que exhortarle con hechos que con palabras, congregado en derredor el ejército para que todos pudieran contemplarlo, hizo colocar en medio a los prisioneros montañeses, y colocando ante sus pies armas de las que usaban los galos, los interrogó por medio del intérprete quiénes eran los que, a cambio de la libertad, querrían recibir como vencedores armas y caballo, dispuestos a guerrear" (*Ib.* 42).

c) Poco antes del primer encuentro con el enemigo, en confirmación de la brevísima arenga que dirige el caudillo cartaginés a sus soldados, y como garantía de los variados y halagüeños premios que promete como botín de victoria, toma un cordero, a la vista de todo el ejército, y allí mismo lo sacrifica de un modo impresionante, no sin hacer mención antes de los altos poderes celestiales. "Y como ratificación de lo dicho, tomando en su mano izquierda el cordero y empeñando con la derecha una piedra, imprecó sobre sí, caso de no cumplirlo, a Júpiter y a los dioses para que le reservasen una muerte semejante a la que él iba a dar al cordero, y a tenor de sus palabras trituro la cabeza de éste con la piedra" (*Ib.* 45).

Finalmente, la misma empresa conquistadora que acometió el intrépido cartaginés, obra de un hombre más bien que nacional, con afán tan definitivo y dominador que la meta era no menos que aniquilar al adversario y borrar para siempre su memoria, es característica de los grandes conquistadores y fundadores de imperios asiáticos, que se alzaron sucesivamente surgiendo unos sobre las ruinas de otros, sin dejar apenas otro recuerdo de los vencidos que el estruendo de su caída y el polvo de su sepultura, exhumado dos o tres milenios después.

<sup>4</sup> Cfr. R. Criado, *¿Tienen alguna eficacia real las acciones simbólicas de los Profetas?* en *Estudios Bíblicos*, VII (1948) p. 167-217.

En cambio, tanto Grecia al sojuzgar el imperio persa, ya dominado moralmente desde las guerras médicas, como la imperial Roma, al sojuzgar a Grecia, su vencedora en las ciencias y las artes, conservaron buena parte de esas civilizaciones en todos sus aspectos, desde el religioso hasta el familiar, y aun sufrieron su influencia. Si bien es verdad que Cartago fue arrasada, tal excepción, común a otras ciudades que fueron terror de Roma, fue sin duda motivada por el espanto que sembró en toda Italia la segunda guerra púnica y la angustiosa preocupación romana de que el imperio cartaginés pudiera hacer peligrar nuevamente no ya la hegemonía sino hasta la existencia misma de Roma.

Otra nota distinta entre los ejércitos de unos y otros, índice del carácter nacional o simplemente adventicio de las respectivas empresas, es la condición de mercenarios propia de los soldados cartagineses frente al sentido patriótico de las legiones romanas, en las que no podían figurar los esclavos, si no era después de manumitidos y en circunstancias gravísimas, como las que entonces atravesó Roma. También en esto se acusa la oposición entre occidentales y semitas.

#### CARÁCTER DEL PUEBLO CARTAGINÉS. — SU SEMITISMO

Un doble origen determina las cualidades e idiosincrasia de los pueblos: en primer lugar la naturaleza racial y hábitos ancestrales que constituyen el estrato de su psicología y que se manifiestan en todo tiempo y lugar, lo mismo que en los individuos, puesto que

*"caelum non animam mutant qui trans mare currunt";*

y en segundo término las circunstancias y medio ambiente en que por imperativo del destino se desarrolla su historia, y que en virtud de la ley de adaptación confiere rasgos y características que o bien yacían soterrados y como en germen en el fondo de su psicología, o incluso parecían contrarios a su modo de ser anterior.

"Ciudad de opulenta riqueza y acérrima belicosidad" son las dos cualidades sobresalientes con que en dos pinceladas maestras pinta Virgilio, como antes indicamos, a la nación cartaginesa personificada en su capital Cartago. La primera es típicamente oriental, semítica. Las ciudades opulentas de la antigüedad no fueron Atenas, patria de filósofos, artistas y poetas, ni Esparta, madre de guerreros, ni Roma, la emperatriz del mundo, sino más bien Tiro, reina de los mares, Nínive, la "ciudad divina" en frase de la Biblia, Babilonia, prototipo de urbe grandiosa y soberbia, Lidia y Persépolis, Alejandría, sede del helenismo y por lo tanto fuertemente orientalizada, Antioquía y Pérgamo, sus rivales, y posteriormente Damasco y Bagdad. En cambio la segunda de esas dos cualidades, la "be-

licosidad" más bien fue adventicia, efecto de los aguerridos enemigos que aquella república de mercaderes y navegantes encontró en su afán de expansión colonial por tierras mediterráneas; porque el pueblo fenicio, progenitor de Cartago, botado al mar por su posición geográfica y por un afán irresistible de aventura y de lucro, a fuer de semitas, lo fue todo menos guerrero. Sin embargo, lanzado a la guerra por implacable destino, el pueblo cartaginés se conduce exactamente igual que los pueblos asiáticos: espejismo conquistador, ascendiente arrebatador de un superhombre, afán de exterminio y codicia de riquezas son sus caracteres distintivos. Los imperios así creados, faltos de solidez interna, se derrumban tras de efímera duración.

El soberbio cuadro en que el profeta Habacuc pinta el ímpetu arrollador de los caldeos es de una viveza y un realismo extraordinarios, y expresa a maravilla la marcha seguida por todos los creadores de grandes imperios en Oriente. "Pueblo feroz y arrebatado, que marchará por las anchuras de la tierra para conquistar moradas ajenas: es espantoso y terrible; su derecho y su elación sólo de él emanan. Sus caballos son más ligeros que el tigre, más fogosos que el lobo nocturno. Sus jinetes, osados, vienen de lejos, volando como el buitre con prisa de devorar. Todos vienen a la presa y se amontonan cautivos como arenas. Se burla de los reyes; se mofa de los príncipes; se ríe de las plazas fuertes; alza un terraplén y las toma; luego el huracán muda de dirección y pasa" (Hab. 1<sup>6-11</sup>). No parece sino que a quien se retrata en este maravilloso pasaje es a Aníbal descendiendo de los Alpes, sembrando el terror por toda Italia, asolando sus ciudades como un huracán, para después "mudar de dirección y pasar"...

Por dondequiera que pasa un conquistador asiático va sembrando la desolación y la muerte; no trata de atraerse a los pueblos por la amistad o comunidad de intereses ni coaligarse con ellos para grandes empresas. Ni aun sometidos a su albedrío los deja vivir pacíficamente en su suelo: quiere borrar su memoria y levantar sobre las ruinas de sus ciudades la altivez de su dominio. Ni el mismo pueblo de Dios se libró de este sino, pues el reino de las Diez Tribus deportado a Nínive, desapareció como nación, fusionado con las demás gentes del país asirio. Aníbal en su viaje triunfal de España a Italia subyuga a los habitantes de todos los países que a su paso encuentra, y tras de sí va dejando una estela de victoria y también de desolación. "Por doquiera que pasó —dice C. Nepote— con todos los habitantes peleó; *neminem nisi victum dimisit*".

### *Espíritu comercial*

El espíritu comercial y el afán codicioso de riquezas y tesoros, que caracterizan las empresas marítimas de los fenicios, frente al

carácter más auténticamente colonizador y civilizador de griegos y romanos, se manifiesta igualmente en la actuación de los cartagineses. En pocas palabras resume el Libro I de los Reyes la finalidad principal de las travesías mediterráneas efectuadas por los fenicios a Hesperia, a las cuales se asociaban también Salomón y sus súbditos: "El rey tenía en el mar naves de Tarsis con las de Hiram, y cada tres años llegaban las naves de Tarsis trayendo oro, plata, marfil, monos y pavones" (I Re. 10<sup>22</sup>), por no citar sino las mercancías suntuarias. Ese espíritu mercantilista se trasluce en infinitos pasajes de la Biblia hablando de diversos pueblos del Próximo Oriente, sobre todo los de estirpe semita, hasta el extremo que bien puede asegurarse es ésta la actividad preponderante entre ellos.

En el oráculo de Ezequiel contra Fenicia (capít. 26-28) se pone claramente de manifiesto la desordenada ambición de riquezas y bienes materiales, fin supremo de sus actividades marítimas y comerciales, y se anuncia su caída. No hay texto que pinte de un modo tan completo, tan enérgico y vivo el alma fenicia; bastará con entresacar algunas frases. "Tiro, tú te decías: 'Yo soy de perfecta hermosura, mis dominios están en el corazón de los mares'; los que te edificaron, te hicieron perfectamente hermosa, de cipreses de Sannir hicieron tus quillas; de cedros del Líbano, tus mástiles; tus remos, de encinas de Basán; tus bancos, de boj incrustado de marfil, traído de las islas de Quitim. De lino recamado del Egipto eran tus velas y tus toldos; de jacinto y púrpura de las islas de Elisa tus pabellones... Los de Tarsis traficaban contigo en gran abundancia de productos de toda suerte: en plata, hierro, estaño y plomo te pagaban tus mercancías... Negociaban contigo en muchas cosas, vestidos preciosos, mantos de jacinto recamado, tapices tejidos en varios colores, fuertes y retorcidas cuerdas. Las naves de Tarsis eran las caravanas que te traían tus mercancías. Así llegaste a ser opulenta y muy gloriosa en el seno de los mares. Pero en las grandes aguas a donde te conducían tus remeros, el viento solano te precipitará al seno del mar. Tus riquezas, tus mercancías, tu tráfico, tus marineros, pilotos y calafates, los mercaderes de tu tráfico, todos los guerreros que en ti hay, con toda la muchedumbre que te llena, caerán en el corazón del mar el día de tu ruina. Al estrépito de los gritos de tus marineros temblarán las playas... Con las mercancías que tú sacabas de los mares, saciabas a numerosos pueblos; con la muchedumbre de tus riquezas y de tu comercio, enriquecías a los reyes de la tierra; y yaces ahora sepultada en el mar, en lo profundo de las aguas, y contigo cayeron tu tráfico y toda tu muchedumbre... Los mercaderes de los pueblos silban contra tí; has venido a ser objeto de espanto, ya no serás más por los siglos..."

¡Con cuánta propiedad y exactitud se puede aplicar las palabras del inspirado profeta a la hija de Tiro, la opulenta Cartago, (Quart



Hadaš, la ciudad nueva), que llegó a contar dentro de su recinto 700.000 habitantes, señoreó el mediterráneo occidental, se creó un gran poderío, pero cayó “para no ser más”.

Un ejemplo del espíritu positivista en el terreno crematístico tenemos también la vida privada de Aníbal exilado. Al huir cautamente de su patria, ante el inminente riesgo de ser entregado a sus mortales enemigos, en sus azarosas correrías por diversos reinos del Asia, en la última etapa de su vida, consciente del gran valor que atesora el dinero, *magnum secum pecuniam portabat* —dice C. Nepote—, *de qua sciebat esse famam*. No le bastaban los inagotables recursos de su ingenio y sagacidad, sino que, para no verse en la triste situación del proscrito, sabía perfectamente que el oro y la plata eran los mejores compañeros.

### *Su concepto semítico de la sabiduría*

La sabiduría entre los semitas se manifiesta principalmente como agudeza de ingenio, sagacidad y pericia para resolver airoosamente los problemas que en la vida se presentan y vencer las situaciones críticas. Este carácter se advierte claramente en los libros sapienciales de la Biblia, henchidos de luminosas enseñanzas y vislumbres de cielo, en las manifestaciones de la proverbial sabiduría de Salomón y otros personajes ilustres del pueblo de Israel, y en toda la trama ideológica y práctica de los pueblos de Oriente. Su literatura, paremiología y folklore están sembrados de sucesos, agudezas, anécdotas y dichos que revelan idéntico concepto acerca de la sabiduría. La fama que en este terreno acompañó a Mahoma, dándole prestigio sobre sus coterráneos, y el encumbramiento de tantos visires fueron debidos a esta sabiduría práctica, acierto en el consejo y éxito feliz en las determinaciones. “Con tu sabiduría y tu prudencia creaste tu poderío —dice el mencionado profeta en el pasaje acotado— y acumulaste el oro y la plata en tus tesoros, y con tu gran sabiduría y tu comercio acrecentaste tu poder”.

Ya hemos visto con todo detenimiento cómo esa *prudentia* o extraordinaria sagacidad fue el rasgo predominante en el carácter de Aníbal, gracias a la cual con escasos medios consiguió éxitos resonantes y tuvo en jaque hasta el postrer instante de su vida a todo el poder de Roma.

### *“Fides púnica”*

La cualidad más destacada y típica de los cartagineses, si hemos de creer a sus mortales enemigos los romanos —que tantas veces dieron pruebas asimismo de odiosa perfidia— era la deslealtad, la “*fides punica*”, sinónimo de falacia y trapacería. Esta condición, que lleva en su séquito la rastrera astucia, la simulación, falta ab-

soluta de escrúpulos y hasta el odio y rencor implacable, puede considerarse en cierto modo como una perversión y degeneración del susodicho concepto de la sabiduría como arte de ingenio y flor de la inteligencia.

Ya hemos visto cómo T. Livio, entre los vicios capitales de Aníbal señala el de una "perfidia más que púnica" como supremo en-carecimiento.

Tratándose de un pueblo esencialmente comercial, puesto en contacto con tribus escasamente civilizadas, en continuo movimiento de un lugar para otro, y hasta frecuentemente hostilizado por sus vecinos los nómadas y otros pueblos norteafricanos de probada falsedad, no es nada extraño se desarrollara en él esa cualidad de un modo extraordinario, máxime teniéndola ya probablemente en la masa de su sangre fenicia.

### *Crueldad*

Desgraciadamente esta acerba condición es patrimonio de la mayoría de los pueblos: *homo homini lupus*. Sin embargo, juntamente con la anterior, es la que principalmente echaban en cara los romanos a sus mortales enemigos los púnicos.

Los poetas latinos agotaron el léxico aplicando esta cualidad a Aníbal: *cruentus, dirus, durus, trux, furibundus, crudelis, atrox, immanis*, etc. También se ha hecho notar esta condición respecto a Amílcar, sobre todo en la guerra inexpiable contra los mercenarios. Hay que reconocer, sin embargo, que la crítica situación en que uno y otro se encontraron, y la necesidad de llevar a cabo con éxito y sin enemigos internos sus campañas, imponían esta ley terrible de la guerra, máxime tratándose de pueblos y de soldados que no tenían otros vínculos más íntimos con la metrópoli cartaginesa que el interés por un lado y sobre todo el temor.

### *Patriotismo cartaginés*

Nunca tuvieron los cartagineses la fervorosa, íntima y religiosa adhesión a su ciudad y a su patria, que demostraron los griegos con respecto a la *πόλις* y los romanos a su *civitas* y más todavía a la *caput mundi*, Roma. También en este terreno se acusan las divergencias entre occidentales y semitas. Los cartagineses más bien se sentían ligados por vínculos de intereses comunes. Sin embargo, ya fuera por verdadero amor a su patria, ya por considerar a ésta como base del propio engrandecimiento, ya como interesado recurso para la preponderancia partidista, hay que reconocer que ni Amílcar ni Aníbal se olvidaban, en medio de sus conquistas, de ese supremo ideal de enriquecer a Cartago y hacerla grande por su opulencia. Parte del botín de sus victorias lo mandaban a su ciudad.



El historiador romano Eutropio afirma que después de la victoria de Cannas el caudillo cartaginés “remesó a Cartago tres modios de anillos de oro arrancados de manos de los caballeros romanos, senadores y soldados” caídos en el campo de batalla.

Amílcar, después de sofocar la sublevación de los mercenarios, logró en poco tiempo para su patria una prosperidad mayor que la que gozaba antes de la primera guerra púnica; y por su parte Aníbal, después de la batalla de Zama, elevado a la suprema magistratura de la república, se condujo en la paz con el mismo acierto que en sus famosas campañas y logró una situación próspera para el erario, a pesar del cuantioso impuesto de guerra que sobre Cartago pesaba.

Los Bárcidas hubieran podido crearse un gran estado independiente en España, base para un gran imperio mediterráneo; sin embargo, siempre mostraron fiel sumisión a la madre patria, y Aníbal, que seguramente habría podido con su ejército rehacerse en España y reconstruir allí los dominios cartagineses, abandonó *llorando* a Italia, y prefirió ir a defender la patria asediada por Escipión, a pesar de la ingratitud que ella le había mostrado.

Finalmente, cuando el conquistador del solar numantino propuso a los habitantes de Cartago que abandonaran su ciudad y erigieran otra tierra adentro, ellos prefirieron morir entre sus ruinas.

### *La vindicta*

Los pueblos semitas se caracterizan por sus fuertes pasiones y vehemencia temperamental. El sentimiento de la venganza, privada, familiar y nacional adquiere en ellos notas del más vivo dramatismo. Por lo mismo que estaba tan desarrollado entre los hebreos, como entre los demás pueblos de su estirpe, la legislación mosaica intenta reprimirlo enérgicamente reservando para Dios ese derecho; y para que los hombres no se excediesen en la sanción de las injurias se establece la pena del talión, y se establecen las ciudades de refugio como salvaguarda contra la vindicta familiar en los casos de homicidio involuntario.

Especial interés reviste el desenlace del famoso episodio de Dido y Eneas, magistral creación del primer poeta latino. Entre las *novissima verba* que la infeliz amante del héroe troyano profiere antes de darse muerte desesperada por sus fallidos amores, al recordar su vida y gloriosas acciones, la “fundación de una ciudad preclara, cuyas murallas pudo contemplar”, añade que vengó la alevosa muerte de su esposo:

*“ulta virum, poenas inimico a fratre recepi”* (En. IV, 656).

Y poco después se lamenta de morir “sin ser vengada”: *moriemur inultae!*

El discurso que el poeta pone en boca de la infortunada fundadora de Cartago en la trágica mañana, al contemplar llena de mortal angustia la escuadra de Eneas, el amante desdeñoso, que a velas desplegadas bogaba hacia alta mar, está lleno de tremendas imprecaciones, que a impulso de la más feroz venganza profiere Dido, en quien se junta la desesperación y el resentimiento de su fracaso amoroso con la vehemencia vindicativa propia de un alma asiática. Y no contenta con esto, apostrofa a sus súbditos y les recomienda, como legado supremo de su reina moribunda, persigan con implacable odio a la estirpe de Eneas, es decir a los romanos.

*"Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor"* (En. IV, 625):

"surge tú, vengador, quienquiera que seas, de entre mis cenizas", dice en frase feliz de singular energía, que se ha aplicado al terrible debelador de Roma, Aníbal, personificación del odio inexorable y eterno de un pueblo contra otro pueblo.

Muchos odios y rencores y anhelos de venganza han existido entre las naciones, razas y pueblos; pero este ejemplo es el más significativo y tremendo de toda la Historia, y en él se advierte toda la inmensa odiosidad y aborrecimiento de que es capaz un alma asiática, un espíritu semita.

Granada

DAVID GONZALO MAESO